

EL PROBLEMA DEL JEFE EN LAS JUVENTUDES

HAY dos maneras de orientar a las juventudes; la primera es penosa y no exenta de dificultades; se trata de la autodirección, de la juventud guiada por sí misma; la otra, más fácil y de mejores resultados aparentes en los primeros momentos, consiste en hacer entrar a los muchachos en cauces marcados por personas de «experiencia». De esta forma, los jóvenes aceptan de buen grado lo que se les da ya digerido, pero cuando llegan a esa edad crítica en la que todo valor es revisado, la conclusión es un profundo desprecio hacia aquéllos que los guiaron, y no es esto lo malo, sino que terminan por menospreciar todo valor adquirido, concluyen abandonando cosas y modos de hacer y de obrar, provistos de muy ricas calidades.

De esta segunda forma, los mandos tienden a doctrinar a sus subordinados con normas y estilos aprendidos en otra escuela, y aun cuando pretendan asimilar completamente la nueva doctrina, siempre quedarán recuerdos de otras épocas, mirados con desconfianza por la juventud en formación, y que no en todas las circunstancias son beneficiosos.

Conviene aclarar, para que nadie se llame a engaño, que, para nosotros, la calidad juvenil no depende, en ningún caso, de la edad efectiva de los interesados; hay muchos viejos de espíritu joven, y muchos jóvenes que, por su modo de ser y pensar, viven en perpetua senilidad; esto depende de una serie de factores, largos de estudiar, de los cuales no es el menor la formación y el espíritu adquirido en los años de la escuela; concretamente, de los doce a los dieciocho años.

Así, pues, sentemos como primera conclusión que la juventud debe

ser guiada por sí misma; los mandos deben salir de las mismas filas, y aun cuando esto tiene inconvenientes, debidos a la inexperiencia de los jóvenes conductores, precisamente esa inexperiencia, bien conducida, puede lograr estupendos campeones. Ciertamente es que, de esta forma, es mucho más frecuente sufrir pausas y descalabros en el camino, pero es no menos cierto que, por haber salido el mando de las propias filas, le coloca —estimulando un poco el propio pundonor— en trance de procurar evitar todo inconveniente, aun cuando sólo fuera por amor propio; en cambio, el hombre sesudo, reactivo a la crítica, y como levantado sobre los demás, por su situación, por su «experiencia», no puede equivocarse nunca, ni pide consejo, y la juventud a sus órdenes, desprovista de esa magnífica cantera formativa que es la libre iniciativa, se encuentra aborregada, adocenada, disciplinada, si queréis —yo la daría otro nombre—, pero incapaz de reaccionar y de conducir un núcleo ante los avatares de la lucha.

El mando salido de las propias filas, cuando ocupa el puesto por mérito propio, gozará de una estimación y confianza grande por parte de sus camaradas, ya que éstos lo consideran como cosa propia, y, al propio tiempo, es para todos —jefe y escuadristas— un motivo de saludable empeño en conseguir jerarquías y dignidades, y un afán de superación, a todas luces recomendable. La obligatoriedad de su cargo hace madurar al joven jefe por encima de sus subordinados, y espiritual y doctrinalmente procurará asimilar cuantos conocimientos pueda obtener. Luchará por tener la mejor unidad, como sabe luchar la juventud.

Concebimos, pues, el mando, como un camarada entre camaradas, capaz de imponer una voluntad por su condición y energía, y capaz, a su vez, de supeditar la propia iniciativa ante la del jefe más elevado. La obediencia es, por algunos, tomada como signo de inferioridad. Muy al contrario, la obediencia consciente, en lugar de rebajar al hombre, aumenta su personalidad, pues indica una inteligencia capaz de domeñarse a sí propia, y capaz de forzar su voluntad a cumplir —aun en contra suya— lo que la superioridad ordenase.

El mando, además, no debe confundirse con el oficinista. Es esta

cuestión muy conveniente aclarar; porque hay quien cree que ser mando consiste en supeditarse a dos o tres o cuatro horas diarias o semanales, y en despachar durante este tiempo las cosas que sucedieran, y que ahí parará todo. De ninguna manera; el mando tiene que ser el resultado de una vocación plenamente sentida; los mandos nacen, y luego, todo lo que puede lograrse, es conseguir que las buenas cualidades que en ellos radican, se desarrollen y perfeccionen. Formar mandos —intentar formarlos— entre gentes sin condición para ello, es absurdo y, además, estéril.

El mando debe ser el camarada dispuesto a sacrificarse por los demás, pero sacrificio constante y oscuro, porque en España hay y ha habido miles de camaradas capaces de ofrendar su vida en una hora o en un minuto; ahora no, ahora se trata de sacrificarse en muchas horas y en muchos días o meses o, quizá, años; pues lo más probable es que aquél que acoge un servicio, cuando consigue verlo en su plenitud, o en vías de lo mismo, tenga que retirarse agotado por las inquietudes y el batallar constante, para luego ser olvidado entre la indiferencia y, a veces, la calumnia. No es fácil el sendero de la jerarquía y son necesarios mucha abnegación y mucho sacrificio para alcanzarla y, luego, en ella, dar el fruto debido.

JOSE MARIA GUTIERREZ CASTILLO